

juzgado todavía.—D. Pedro Manrique prestó homenaje simulado al rey D. Carlos *el Malo* en Logroño á 24 de Junio de 1378; pero dos días antes él y el rey habían hecho convenio en Estella, presentes Juan Sánchez de Burcerán y Sancho de Formosa, sus escuderos, que juraron su cumplimiento, en el cual el rey se había obligado á dar al Adelantado la suma de 20,000 florines (ó sean doblas de oro). Este convenio fué reiterado en Viana, prestando su juramento Diego Ferrándiz de Lezana, escudero de D. Pedro Manrique, *sobre el cuerpo de Dios verdadero*, y en la misma forma y manera que lo habían prestado en Estella Juan Sánchez de Burcerán y Sancho de Formosa, obligándose á cumplir lo contenido en las cartas hechas entre los dictos (el rey y el Adelantado). Los referidos Formosa y Burcerán presenciaron el acto de ratificarse Manrique en lo pactado, prestando juramento y recibiendo del confesor del rey, D. Fray García de Engui, los mencionados 20,000 florines. Recibida esta suma, prestó el caballero castellano el fingido homenaje al rey de Navarra diciendo que *por cuanto el rey D. Enrique de Castilla injustamente le perseguía, y el rey D. Carlos le había acogido y dado con qué poderse mantener, se hacía su hombre lige, vasallo y servidor, y quería vivir y morir en su servicio, despidiéndose y apartándose del de D. Enrique, su mujer é hijos, y de todo su linage; y juró á Dios y á Santa María que nunca más seguiría camino, ni carrera, ni iría á llamamiento de don Enrique, sino que siempre sería en su daño y en su destrucción, en público y en escondido, por cuantas maneras pudiese; y que serviría como leal caballero á D. Carlos y á sus sucesores contra todos los hombres del mundo* (1). ¡Con tan colosal desvergüenza tramaba su felonía aquel mal llamado caballero!—El rey de Navarra, muy merecedor de la traición que le urdía el castellano, además de entregarle los 20,000 florines, le agasajó con regalos: las cartas de pago del archivo de Comptos nos revelan que

(1) Arch. de Comp. Caj. 36, números 17, 25 y 64.

le dió *un rico bacinete con su camaill y visera que costó 60 florines*.—Pero ya en el mes de Julio siguiente mandaba D. Carlos á sus tesoreros pagar sumas de consideración para rescatar los prisioneros que el traidor D. Pedro Manrique le había hecho dentro de Logroño. Uno de estos era el capitán D. Martín Martínez de Uriz, el cual, para salvar la vida, se vió precisado á decir que se desnaturalizaba de Navarra y se hacía vasallo de Castilla: acto de cobardía no menos indigno de un guerrero que la felonía de D. Pedro Manrique y que el soborno de Carlos *el Malo*. Debiera éste haber desoído una exculpación tan vergonzosa; y sin embargo la dió por buena: á tal rebajamiento había llegado el sentido moral de los optímates! Vuelve Uriz á Navarra: el rey le recibe con los brazos abiertos, y con tal motivo declara: que aunque D. Martín se había desnaturalizado de Navarra prestando homenaje al infante de Castilla, *lo había hecho violentamente y por salvar su vida, la qual en otra manera era en periglo*; y dirigiéndose á él añade: *assí vos lo ha convenido fazer quando fuisteis preso en Logroino por la grant traicion que fezo el traidor, renegador de Jesucristo, Pedro Manrique*. No satisfecho con perdonar á aquel hombre pusilánime, le colma de agasajos: *vos damos et otorgamos* (dice la real cédula expedida en esta ocasión á 26 de Marzo del año 1379) *todos los bienes que eran de conquista de vuestro hermano Don Rodrigo de Uriz, que Dios perdone, et los bienes de Idoat de Lizarraga y de Elcart: Otrosí el lugar de Caparroso: Otrosí las primicias é otros lugares de la abadèsa de Marcilla, todos segun vuestro Hermano los solía tener; et vos tornamos el oficio de la Merindat de Sangüesa et el alcaldyo mayor del nuestro Regno*.

Desde este inicuo suceso, la guerra volvió á encenderse enérgicamente. El infante D. Juan, primogénito de Castilla, formó un poderoso ejército para invadir á Navarra, y D. Carlos *el Malo* pasó á Bayona y Burdeos á pedir auxilio á los ingleses, que recibieron gustosos el llamamiento: allí hubo entusiastas ofertas de caballeros anglos y gascones, que dispuestos á correr

aventuras con esperanzas más ó menos quiméricas y romancescas, no titubeaban en levantar á su costa centenares de lanzas para venir á España á probar fortuna. Los navarros, llenos de ardor, llegaron en sus correrías hasta tierra de Soria, de donde llevaron muchos prisioneros y ganados. El infante D. Juan de Castilla por su lado, con cuatro mil caballos acometió por la parte de San Vicente, y aunque no la pudo ganar, entregó á saco las villas de Lárraga, Artajona y otros muchos pueblos, y su ejército se puso á vista de la capital del reino en la aldea de Gorraiz. D. Carlos se mantenía en San Juan de Pie de Puerto esperando el refuerzo de los ingleses, mientras los castellanos se enseñoreaban sin obstáculo de la comarca de Pamplona, y aquel mismo D. Pedro Manrique, caballero que rescataba traiciones con traiciones, entregaba á las llamas la villa de Tiebas y su famoso castillo (1). Después de saquear los pueblos de la Cuenca, no pudiendo ganar la capital, se retiraron los castellanos cargando con todas sus fuerzas sobre Viana, que se vió obligada á rendirse. Los ofrecimientos de los ingleses no se habían realizado sino á medias; D. Carlos veía exhausto su erario, muchos caballeros navarros abandonaban su servicio y se pasaban al de Castilla; y entre tanto un nuevo ejército castellano se preparaba á invadir su reino. En tan críticas circunstancias, no había más remedio que hacer la paz á cualquier precio: envió sus embajadores á Burgos, y el rey D. Enrique dictó las condiciones. Eran éstas: que D. Carlos despidiese á sus auxiliares ingleses; que el rey de Castilla restituyese á Navarra las tierras que acababa de tomarle; que para pagar el sueldo debido á los extranjeros, el rey de Castilla prestaría al de Navarra 20,000 doblas, quedando en empeño la villa de Laguardia; que se pondrían en rehenes en poder de D. Enrique, por tiempo de diez años, veinte castillos, entre ellos los de Estella, Tudela, Larraga, Miranda y San Vicente.—La muerte de D. Enrique II

(1) V. el tomo II, cap. XXIV, p. 514.

de Castilla y de Carlos V de Francia fué favorable á la pacificación. También la guerra de Portugal, á cuya sucesión aspiraba D. Juan I de Castilla, hijo y heredero de D. Enrique, distrajo la atención de castellanos y navarros del empeño contraído de una y otra parte por aquellas estipulaciones: acaso estas no llegaron á cumplirse más que en lo favorable á ambos Estados, y así debe suponerse atendida la buena armonía que desde el advenimiento al trono de D. Juan I vemos reinar entre Castilla y Navarra.

Obtiene éste del nuevo rey de Francia Carlos VI la libertad de su cuñado el príncipe D. Carlos, arrestado en París desde el criminal atentado contra la vida de Carlos V, y el príncipe agradecido pasa directamente desde su prisión á la corte de Castilla, donde residía su esposa D.<sup>a</sup> Leonor, y allí se pone al frente de las tropas auxiliares navarras que le manda su padre para coadyuvar á la empresa del rey D. Juan en Portugal. Desgraciadamente en esta empresa no sonrió la fortuna á las armas de Navarra y Castilla unidas.—D. Juan I se había casado con la infanta de Portugal D.<sup>a</sup> Beatriz, pactándose en el contrato matrimonial que ésta heredaría aquel trono después de los días de su padre el rey D. Fernando. Ocurre la muerte de éste, y D. Juan toma el título de rey de Portugal. Sabedor de que un infante de aquel reino, llamado también D. Juan y hermano bastardo del rey difunto, se prepara á disputarle la corona, le prende, le constituye prisionero en el alcázar de Toledo, y entra en Portugal en són de guerra. Produce esto inmensa alarma en Lisboa, donde se propala que la independencia del reino pelagra: las murmuraciones y quejas toman incremento, estalla una formal sublevación contra Castilla, son asesinados el Conde de Oren y el Arzobispo de Lisboa; la reina viuda huye á Santarén, y el maestre de Avis, promovedor del alboroto, se apodera de la capital, proclamado regente en ausencia del bastardo D. Juan preso en Toledo, á quien reconocen por rey. Pero celebran los portugueses Cortes en Coímbra, las cuales declaran rey al

maestre de Avis, con el nombre de Juan I, y mientras éste justifica con su conducta la buena elección de sus partidarios, don Juan de Castilla se dirige con su ejército á Leiria después de haber rendido á Celoria y entregado á las llamas el arrabal de Coímbra. El maestre de Avis que estaba en Tovar, sale á cortar el paso: encuéntranse los dos ejércitos en Aljubarrota, y allí sufre el castellano la más inopinada y completa derrota. En medio de este infortunio, el príncipe D. Carlos de Navarra y su ejército tuvieron la suerte de librarse de la matanza en que pereció la flor de la nobleza castellana, por no haber podido llegar al campo de batalla al trabarse la acción.—De allí á poco murió el rey D. Carlos *el Malo*, y proclamado sucesor su hijo D. Carlos *el Noble*, no volvió en largos años á turbarse la paz en la comarca de la actual provincia de Logroño.

Los anales de la antigua Rioja se confunden con los de la moderna provincia, y desde el siglo xv no nos suministran elemento alguno útil para nuestro trabajo. Antes de la formación de esta, el país estuvo dividido con diferentes denominaciones, nacidas unas de la naturaleza del terreno y otras de circunstancias secundarias, políticas y administrativas. Aún subsiste la división de *Rioja alavesa, castellana, burgalesa y soriana*, nacida de su situación geográfica, siendo la alavesa la que está á la izquierda del Ebro con las villas de La Bastida y La Guardia, y las otras las que caen dentro de las provincias de Burgos y Soria. Atendida solamente la naturaleza del país, más bien debería dividírsela en *llana y serrana*: la llana comprende la canal del Ebro, de que habló Strabón; y la serrana la que forman las sierras de la parte meridional. Los árabes llamaban á este país *Veled-assikia*, ó tierra de regadío y acequias, por la multitud de sus ríos y arroyos; pero propiamente hablando, sólo á la parte llana de la ribera conviene tal nombre. La parte montuosa de la provincia, que es la menos rica, es quizá la más bella: cuatro cadenas de montañas limitan distintamente el gran valle de la derecha del Ebro; es la primera y más

importante la que separa las dos cuencas paralelas de este río y del Duero, que comienza en Villafranca, á unos 30 kilómetros al Este de Burgos, corre de noroeste á sudeste entre las provincias de Logroño y Soria, y concluye hacia Tarazona; la segunda se extiende del sur al norte desde Villafranca hasta Pancorvo y Miranda; la tercera empieza en la angostura de las peñas de Buradón y de Bilibio, en el trayecto de Salinillas á Haro, ó sea en las famosas *Conchas* por donde se precipita el Ebro para fecundar los campos de la Rioja: peñas que toman luego los nombres de montes de Toloño, Sonsierra y Avalos, hasta unirse con las últimas alturas de la sierra de Cantabria al nordeste de Laguardia; y es la cuarta cadena la que se junta con la primera sobre Agreda y asciende al norte hasta Alfaro, siguiendo el curso del Alhama. La cuenca que estas cordilleras limitan produce frutos de toda especie, y en gran cantidad para poderlos exportar á las provincias vascongadas: cereales, exquisito vino, excelente aceite y legumbres de la mayor variedad. El movimiento comercial es en ella activo y consiste principalmente en ganados y lanas. El suelo de la parte montuosa brinda á la industria con algunas riquezas minerales: hay hermoso cinabrio hacia Torrecilla de Cameros; galena en otros puntos de la misma cordillera del sudeste; cobre en las cercanías de Arnedillo, de Cervera y de Villaverde; antimonio en Aguilar; algo de cobre y plata en la proximidad de Alfaro; marcasita en Anguiano; estaño en Robles; carbón de piedra en Arnedillo; en Agoncillo minas de bol, nada inferior al de Armenia, y arcilla fina, de que hicieron grande uso los romanos para su cerámica; y finalmente hermosos mármoles en Baños de Rioja, Muro de Cameros y Ezcaray. Las selvas y bosques de estas montañas, de más atractivo para nosotros que las llanuras doradas por las mieses ó esmaltadas de verde esmeralda por los pámpanos de los viñedos, fueron en tiempos pasados de imponente majestad y belleza por la multitud incomparable y la excelente conservación de sus árboles. La incuria castellana los va aniquilando, y

el diente asolador de los ganados, entregados en ellos á su libre albedrío, es el cómplice del hombre en esta obra de paulatina y dolorosa destrucción. No cede la Rioja en riqueza hidromineral á ninguna de las provincias limítrofes: las aguas de Ávalos, Foncea, Grábalos, Torrecilla de Cameros y Arnedillo son famosas por sus virtudes terapéuticas. El profesor Luís Proust, famoso químico, que analizó las de Arnedillo á principios de este siglo, decía que no eran en nada inferiores á las de Bagnères de Bigorre, y que era una locura que los españoles fuésemos á buscar á países extranjeros lo que con tanta abundancia prodiga la naturaleza en nuestro suelo. Razón tenía Proust en cuanto á la calidad y abundancia de nuestras aguas; pero también tiene razón todo español acomodado que huye de los establecimientos de baños de su amado país.

Abandono los datos estadísticos, que no me son simpáticos en los viajes en que se buscan principalmente tesoros de la historia y del arte; nos basta á ti y á mí gozar del encantador aspecto de esas montañas vestidas de verdor sempiterno, de esas escarpadas enhiestas en medio de una vegetación potente que desperdicia la menor partícula de tierra jugosa; de esas dilatadas praderas, de esas risueñas vegas, de esas laderas cubiertas de pámpanos, de esas llanuras donde los surcos del arado parecen trazados á buril, de esas cristalinas corrientes que bajan de todas las alturas y bordan con cintas de plata las orillas de las huertas y jardines.

Buscamos recuerdos históricos y monumentos artísticos, y allí donde descubramos páginas gloriosas ó interesantes, allí donde veamos muros almenados, vetustos torreones, techumbres y torres de templos y palacios, puntiagudos chapiteles y cúpulas con cruces, portadas enriquecidas con esculturas de santos y arcos cuajados de desgastada imaginería y de simbólicas representaciones mutiladas por la acción destructora del tiempo ó por la barbarie de los hombres, allí estará nuestro imán, y á él nos dirigiremos, aunque para llegar á tan venerandos objetos haya-

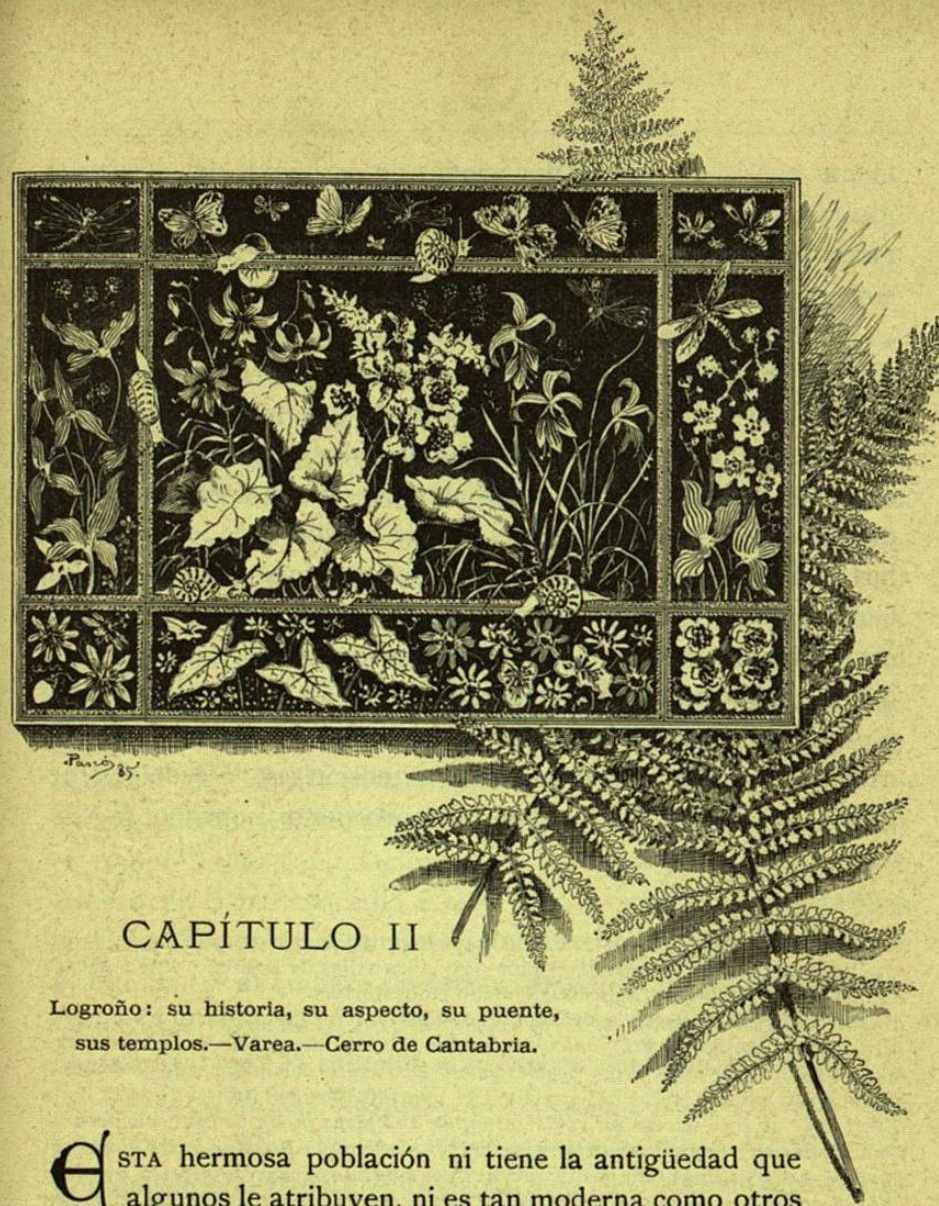


LOGROÑO.—Campesina.

mos de dejar á un lado los penachos de humo de los hornos de fundición y de las fábricas de loza y vidrio, las chimeneas de las fraguas y de los molinos montados al vapor, el ruido de los telares y de los martinets, y todo el animado tráfago de la moderna industria. Por ahora nos es indiferente que Ezcaray y Santo Domingo de la Calzada fabriquen buenos paños y bayetas, y que Haro haga buenos vinos y sombreros, mantas y loza fina; que en los tejidos de lanas burdas sobresalgan Soto y Rubanera; que fabrique Cervera lonas y lienzos con máquinas holandesas; que los telares de lino y cáñamo se hallen extendidos por casi todos los pueblos de la provincia; que Logroño, Calahorra, Nájera, Fuenmayor y Alfaro se distingan por sus buenos curtidos. Ni nos importa saber á qué altura se encuentra la instrucción pública en la provincia, ni los resultados que en ella arroja el cuadro de la estadística criminal, ni el grado de prosperidad que allí alcanzan los institutos de beneficencia y caridad, pública y privada; ni si el país está bien ó mal administrado, ni si tiene buenos caminos y carreteras y si está en él bien ó mal organizado el servicio de correos y telégrafos, etc. Todo esto, muy importante y esencial en un trabajo estadístico, es materia para tratada en mejor ocasión que la presente. Entonces vendrán bien los pormenores, más ó menos curiosos, sobre la naturaleza geológica de la provincia, las producciones de su suelo, su riqueza forestal, la fauna y la flora de sus montañas, el comercio y la industria de sus pobladores.—Buscamos la vida externa de la provincia, la perspectiva, el color, la luz, las armonías objetivas de sus campos, de sus poblaciones, de sus edificios; las costumbres, el culto público, las manifestaciones de regocijo y de tristeza de sus gentes, no su modo de ser interno, no los resortes íntimos fisiológicos y psicológicos que determinan su existencia material y moral. Somos ahora *impresionistas*, no razonadores; cultivamos el arte, no la ciencia: en las sartas de pimientos rojos que cuelgan de las ventanas en Calahorra ó en Alfaro, no vemos la muestra de las producciones vegetales de la tierra de la ribera

ni de ellas tomamos pie para ensartar reflexiones sobre la riqueza agrícola de la comarca; las miramos como ricos pabellones de púrpura con que se engalanan no para un día solemne, sino por toda una estación, las viviendas de los habitantes. En las lindas serranas de Torrecilla no estudiamos lo que á la ciencia etnográfica interesa por la parte que puede tocarles en la perpetuación del tipo de los Pelendones, ni lo que á la economía política afecta el abandono en que las dejan los mozos cameranos, harto propensos á expatriarse para venir á Madrid á llevar los libros de caja y vender figurillas de porcelana y bronce en los grandes almacenes de quincalla; sólo vemos en ellas la poética figura de la doncellita que, mientras el mozo que la prometió eterna fe en el baile de la romería, se pasa los años ausente ahorrando ochavos para poderse presentar algún día á reclamar su mano, sube todo los domingos con su anciana madre á la ermita de Tomalos á encomendar á la Virgen la protección de su amado contra las asechanzas de las estragadas Mesalinas de la corte.

Arte buscamos, no ciencia: penetramos en el santuario de la diosa para contemplar y admirar su belleza, no para hacer la anatomía de su divina forma corpórea y poner á la luz del sol sus músculos, sus huesos, sus tendones, sus fibras y sus venas.



## CAPÍTULO II

Logroño: su historia, su aspecto, su puente, sus templos.—Varea.—Cerro de Cantabria.

ESTA hermosa población ni tiene la antigüedad que algunos le atribuyen, ni es tan moderna como otros suponen: entienden los más juiciosos críticos que Logroño empezó á existir después de arruinados los dos antiguos pueblos de Varia y Cantabria. Luego veremos lo que éstos fueron.

Que la ciudad que nos disponemos á visitar sea obra de los reyes de Navarra, como sintió Garibay, ó que sucediera á una antigua población llamada Cantabria, como supuso Risco, es lo cierto que, si no es todo ficción en los becerros gótico y galicano de San Millán de la Cogolla, la villa de Logroño suena junta-